

## DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

El evangelio de hoy nos sitúa ante una de las conversaciones más entrañables de Jesús con su Padre. Como es habitual en Él, comienza dando gracias.

Este es el modo con el que siempre ha de comenzar nuestro diálogo con Dios. Así lo dice san Pablo: «En vuestra oración anteponed siempre una acción de gracias». Este modo de proceder muestra que cuando pedimos algo a Dios lo hacemos porque reconocemos que de Él nos vienen todos los dones.

Pero Jesús añade que lo hace porque ha revelado las cosas a los sencillos. Da gracias por lo pequeño. Cuantas cosas pequeñas de cada día son verdaderos regalos de Dios, que todavía no he sabido ni darme cuenta ni agradecer.

Después Jesús nos muestra el secreto para conocer los misterios del Reino: ser como Él, es decir, «mansos y humildes de corazón». Y esa es la primera lección que aprendemos en la escuela del Corazón de Jesús: la humildad. Porque Dios resiste a los soberbios. El dedo de Dios, que es su Espíritu Santo, gusta de dibujar en los corazones sencillos la grandeza de sus enseñanzas.

Porque, al final, todo lo que Dios tiene que decirnos se encuentra en el Corazón de su Hijo, que tomó la condición de esclavo, que se humilló por mí.

¡Qué bien lo entendió el apóstol san Juan! En la Última Cena descansó su cabeza sobre el pecho del Señor y de ahí, dice Orígenes y repiten muchos autores desde entonces, le vino toda la profundidad de que está impregnado su evangelio.

Esto es la Eucaristía: estar con Cristo, escuchar a Cristo, aprender de Cristo, reposar en Cristo, vivir en Cristo. Como María.